

camino. Terminó pues su visita examinando el material de la casa, é hizo quitar de la iglesia y arrojar al fuego algunas imágenes destruidas por el tiempo y la polilla (1). Hecho esto se preparaba á partir, cuando llegaron los habitantes de algunas aldeas de las parroquias de Sixt, que iban á reclamar su proteccion. Dos enormes rocas, desprendidas de las cimas de las montañas y precipitadas por su inmenso peso en el valle, habian llevado en medio de ellos la devastacion y la muerte, desolado sus campos, arruinado sus casas, destruido los animales que constituian su principal riqueza, y quitado la vida á gran número de hombres. Reducidos á la mayor miseria, estos desgraciados habian presentado una instancia al tribunal de cuentas de Saboya, para que se les eximiese de impuestos durante algunos años; y el tribunal, no atreviéndose á tomar sobre sí esta exencion, les habia recomendado acudiesen á la benevolencia del Duque de Saboya. Pero esa respuesta los habia sumido en una cruel ansiedad, pues no sabian cómo hacer llegar hasta el príncipe sus súplicas y obtener una decisión favorable. Cuando supieron la llegada de su Obispo y de su padre á la abadía corrieron allí al punto, le espusieron con lágrimas su triste estado, y le rogaron fuera á asegurarse con sus propios ojos de la gravedad de sus males, para poder decírselo al príncipe. El Obispo acogió á sus pobres afligidos con su bondad ordinaria, mezcló sus lágrimas con las suyas, los consoló lo mejor que pudo, y accediendo de todo corazón á sus súplicas partió á pie con ellos y los siguió por caminos pedregosos, donde era tan difícil andar que no hubiera sido posible el paso á ningun caballo. Llegado al lugar del desastre presenció el espectáculo mas lamentable, y se convenció de que todo lo que le habian dicho era nada en comparacion de la realidad. Su corazón se afligió á la vista de tantas ruinas, y tomó parte muy activa en todos aquellos males; procuró alentar los ánimos abatidos, les hizo esperar de la bondad del príncipe la gracia

(1) Carlos Aug., p. 299 y sig.

que solicitaban, y les prometió su mas activa intervencion. En efecto, en el primer momento que tuvo libre escribió al Duque de Saboya, para presentarle la súplica de estos pobres desgraciados, hizo que le hablaran el Marqués de Lullin y el gran canciller, y gracias á estos poderosos protectores tuvo el consuelo de ver su peticion atendida (1).

Entretanto la paz que Francisco de Sales habia establecido en la abadía de Sixt, fue de corta duracion. El abad, cuyo caracter independiente no podia acomodarse á los reglamentos dados por el santo prelado, apeló como de abuso al senado de Chambéry, negando la jurisdiccion del Obispo de Ginebra sobre la abadía; y no perdonó, para combatir las pretensiones de Francisco, ni artificios, ni burlas, ni invectivas. Varios religiosos, asustados con el pensamiento de la observancia regular, á la cual preveian que el santo Obispo queria someterlos, se unieron al abad, y comprometieron en su favor á toda la nobleza del país, y aun á parte del senado de Chambéry (2). El siervo de Dios no se atemorizó con este terrible ataque; trató primero, segun su costumbre, de ganar los corazones, esponiendo con benignidad las razones que justificaban su proceder, con cuya conducta se atrajo á todos los canónigos de la abadía, permaneciendo solo el abad inflexible. Entonces el santo Obispo, cuya dulzura, como hemos visto ya, no tenia nada de débil, se resolvió á proseguir el negocio con energía. «Apremia este asunto con fuerza,» escribe á los religiosos, escitándolos á permanecer firmes y unidos en sus buenas disposiciones, «y espero que dentro de poco obtendré un fallo favorable á mi derecho, con lo cual podremos acometer el asunto por tantos lados, que ese señor se verá obligado á rendirse á la razon.....»

«Cobrad ánimo, les escribe de nuevo; Dios será el que llevará á cabo la obra de vuestra reforma si se lo suplicais,

(1) Carlos Aug., p. 300.

(2) Declaracion de Passis.

»pues no os ha dado esas buenas disposiciones para dejaros
 »en el camino. Estando unidos, sereis fuertes; desunidos,
 »sereis débiles y fáciles de vencer.» (1) Francisco en efecto,
 defendiéndose contra el religioso rebelde, espuso al senado
 todos sus derechos sobre aquella casa; probó con los docu-
 mentos en la mano, que desde 1161 la abadía estaba so-
 metida á la jurisdiccion y correccion del Obispo, y que sus
 mismos fundadores habian estipulado esta disposicion, es-
 tableciendo que el Obispo podria destituir á los abades re-
 beldes y desobedientes. El senado decidió á su favor como
 se esperaba; y entonces, viéndose árbitro absoluto, se ocu-
 pó en dar la última mano á la reforma que no habia hecho
 mas que bosquejar el año anterior (2). Como la cosa era
 de mucha gravedad, creyó debia pensar en ella durante
 varios meses, mientras continuaba los demás negocios de
 su diócesis; y cuando hubo madurado bien con la reflexion
 las medidas que convenia tomar, se puso en camino para
 Sixt, sin que pudiera detenerle el calor abrasador que
 reinaba entonces.

Llegado á la abadía, empezó por hacer reconocer su
 autoridad, que se habia disputado, y declarar obligatorias
 las órdenes que habia dado en su primera visita. Luego se
 dedicó á preparar los ánimos con sus discursos públicos y
 privados, y con sus santos ejemplos, á la reforma que iba
 á establecer. La empresa era difícil, porque algunos de
 los religiosos, espantándose á proporcion que veian la
 cosa mas inminente, imaginaron mil obstáculos para impe-
 dirla. Suscitaron al piadoso reformador dificultades sin
 número, le dirigieron palabras picantes y poco respetuo-
 sas y disputaron con acaloramiento, sin que en medio
 de todo este tumulto, ni un movimiento, ni una palabra,
 ni una señal de impaciencia se le escaparan. Escuchaba,
 suavizándolo todo con el language de la caridad. «No es
 »fácil figurarse, deponen varios canónigos de la abadía, la

(1) Dep. de Passis, Moccand, etc.

(2) Cart. Aug. pag. 320 y sig.

»suavidad de los discursos celestiales que nos hacia para
 »inclinarnos á abrazar valerosamente la observancia, y
 »hacer renacer la antigua disciplina regular. Le mirába-
 »mos como un ángel, como un Juan Bautista en la inocen-
 »cia y la pureza, como un Elías en el celo, y como un Juan
 »Evangelista en la dulzura y en la caridad.»

A sus discursos y ejemplos unió la oracion, encomen-
 dando al cielo el éxito de la empresa que le habia llevado
 allí. Rogó sobre todo con un fervor especial y muchas lá-
 grimas al bienaventurado Ponce, fundador de la abadía,
 el cual, aunque hermano de Aymon, Baron de Faucigny,
 y tío de Arducins, Obispo y príncipe de Ginebra, habia
 renunciado á todas las grandezas del siglo para sepultarse
 en aquella horrible soledad, y llevar á ella la cruz de Je-
 sucristo; hizo abrir el sepulcro donde se conservaban sus
 huesos, y ante el cual se habian obtenido frecuentes cura-
 ciones; examinó con cuidado aquellas preciosas reliquias,
 las veneró con gran devocion, derramando sobre ellas sus
 lágrimas y su corazon, sacando por sí mismo un dedo, que
 hizo engastar espléndidamente. El ardor de las oraciones
 que hizo en esta ocasion, solo puede compararse con el
 calor de las exhortaciones que dirigió á los religiosos, para
 moverlos á imitar la penitencia y la regularidad de este
 gran personaje, cuya vida y virtudes sentia no se hubie-
 ran escrito (1). El milagro de un enfermo curado á su vis-
 ta con el contacto de las santas reliquias (2) le hizo redo-
 blar su celo y sus oraciones, y le inspiró los mas abra-
 dos acentos para hablar á los religiosos é instarlos á que
 se mostrasen dignos de su santo fundador.

Despues de haber preparado así los espíritus y los co-
 razones, les dió sus constituciones (3), determinando:
 1.º Que se despidiera á todo novicio que no se reconociese
 capaz despues de un año de prueba, á menos que no diese

(1) Dep. del canónigo Gard, de París, de Myncet, etc.

(2) Dep. de Francisco Favre.

(3) Opusc., p. 321.

esperanza de enmendarse en el segundo año. 2.º Que entre los religiosos mas ejemplares se escogiera, para presidir los ejercicios y velar por la observancia de la regla, un prior y un sub-prior, á los cuales obedecerian todos como á padres. 3.º Que otro religioso de los mas regulares fuera nombrado maestro de novicios, y ayudado en su cargo por otros dos aptos, el uno para esplicarles el catecismo del concilio de Trento, y el otro para enseñarles el Oficio, las ceremonias y los demás deberes de su estado. 4.º Que el prior, y en su ausencia el sub-prior, tuvieran capítulo todos los sábados, para corregir las faltas contra la regla ó los Oficios, así como todo otro acto reprehensible, imponiendo penitencias proporcionadas á las faltas, no haciendo ni mandando por lo demás nada importante sin haber tomado antes el parecer del capítulo, ó si el caso lo requeria, sin recurrir al Obispo. 5.º Que todos los religiosos comieran en comunidad y que durante la comida hubiera lectura en voz clara, inteligible y bien articulada. 6.º Que los religiosos estudiaran todos los dias la teología y los buenos libros de piedad; que se les impidiera severamente la lectura de los libros prohibidos por la Iglesia, ó puramente curiosos ó inútiles; y que el prior no dejara ni siquiera entrar esta clase de libros en el monasterio.

Tales son en resúmen las reglas que dió el santo Obispo á la abadía de Sixt, terminándolas con estas dulces palabras: «Aseguramos la bendicion de Dios á los que practiquen con amor estas disposiciones, que el solo deseo del reino de Dios en vosotros nos ha dictado; espero que, con su cumplimiento, esta familia religiosa volverá á adquirir su primitivo esplendor, y derramará por todas partes el suave olor con que ha perfumado en otro tiempo todo este país. ¡Esta gracia, Dios mio! es la que espero de vuestra misericordiosa bondad y la que os pido con toda la intension de mis afectos.»

Francisco, despues de haber dado estas reglas, las hizo poner en ejecucion á su vista; y cuando vió á toda la

comunidad en buen orden y todas las reglas bien observadas, se retiró lleno de consuelo y esperanza.

Entonces pudo ocuparse de otra parte de su diócesis que escitaba todas sus solicitudes: esta era la parte que dependia de la Francia, y se componia del pais de Gex y sus alrededores.

Tan favorable como la política del Duque de Saboya habia sido á la religion, otro tanto el gobierno de la Francia le era funesta. Los ministros herejes habian conocido que la Francia los temia, y se hicieron audaces á proporcion del temor que inspiraban, y manifestaban querer vengarse de la severidad con que se habia tratado á sus hermanos del Chablais. El error no cesaba de tener sus cátedras y sus ecos en el desgraciado país de Gex, y por todas partes se predicaba el ódio al catolicismo. Esto fué para el santo Obispo un pesar que amargó todo su episcopado. Habia, es cierto, obtenido de Enrique IV el permiso de restablecer el ejercicio de la religion católica en varias parroquias, con la cesion de las rentas de los beneficios para subvenir á la subsistencia de los curas; habia además hecho dar al parlamento de Borgoña un decreto, conforme á las intenciones de Su Majestad; pero los ministros protestantes no por eso dejaban de devastar el pais con sus doctrinas, de recibir las rentas de los beneficios eclesiásticos, y de suscitar mil obstáculos á los esfuerzos de su celo. Habiendo ido á Belley en este estado de cosas el Duque de Bellegarde, gobernador de Borgoña y presidente del parlamento de Dijon, con el Baron de Luz, comandante general del Rey en esta provincia, el santo Obispo se apresuró á ir á buscarlos, para obtener por su medio la completa ejecucion del decreto dado en favor de la religion católica.

A su llegada á Belley toda la ciudad se conmovió; su aspecto, en todas partes tan digno y tan modesto, su religion tan profunda en el lugar santo, le hicieron mirar como un ángel de Dios, y su presencia como una bendicion. Desearon oirle predicar, se prestó á este deseo, y su palabra movió y edificó todos los corazones.

Los ministros de justicia le habian pedido hacia tiempo un provisor que juzgara las causas eclesiásticas en la parte de su diócesis que pertenecía á la Francia en lo temporal: por mucho tiempo titubeó en concedérselo, por temor de perjudicar á la unidad de su administracion; pero por fin, despues de haber maduramente pesado las razones en pró y en contra, se aprovechó de su presencia en aquel lugar para satisfacer la peticion que le habian hecho, y estableció solemnemente el provisor.

El Sr. de Maillans de Valloz, que tenia entonces un niño que bautizar, le rogó fuera su padrino, y el santo prelado, siempre dispuesto á dar gusto á todos y en todas las cosas, aceptó gustoso esta invitacion, haciéndose el bautizo con gran pompa y contento de toda la ciudad (1).

Participando el Duque de Bellegarde y el presidente de la admiracion general, hicieron al santo Obispo la acogida mas benévola, y se ofrecieron á secundarle con todo su poder en el restablecimiento de la religion católica en el pais de Gex. El Duque tuvo hasta la atencion de proponerle ir con él á Gex, para hacer ejecutar por sí mismo el decreto del parlamento, y Francisco, aceptando una oferta tan generosa, se dirigió allí con el Duque, que le concedió todo lo que estuvo en su poder, y entre otras cosas el desembargo de todas las rentas que los ministros percibian sobre los beneficios eclesiásticos de la ciudad de Gex y sus alrededores. El Duque hizo mas aún: movido por las virtudes del santo prelado quiso, despues de haber terminado los negocios públicos, poner orden en los negocios de su conciencia con una sincera confesion de toda su vida, que quiso depositar en el seno del hombre de Dios. Francisco, no menos movido por estas bellas disposiciones, compuso, para hacérselo mas fácil, un pequeño escrito sobre la confesion general (2), y añadió á ruego suyo un reglamento de vida en que, acomodando la piedad

(1) De Cambis, t. I, p. 489.

(2) Opusc., p. 517.

á su posicion, le trazó la línea de conducta que debía seguir para vivir como buen cristiano en medio del mundo. El Duque, penetrado de reconocimiento, y prefiriendo á todos sus títulos de nobleza el honor de ser el hijo espiritual de tan santo Obispo, no quiso en adelante que Francisco de Sales le diese otro nombre que el de su hijo. «Por obedeceros, le respondió, os llamaré en lo sucesivo mi hijo; pero sereis mi hijo José por honor y respetuoso reconocimiento, y mi hijo Benjamin por complacencia y dileccion.» (1)

Admirados del ejemplo de su señor, dos caballeros protestantes, y otras varias personas de la comitiva del Duque, quisieron tener con el hombre de Dios, cuyas virtudes igualmente admiraban, conferencias sobre la religion católica.

Se prestó de todo corazon á lo que deseaban; y poco á poco la luz penetró en su espíritu, la gracia dió á sus corazones el valor de seguir la verdad que se les habia mostrado, y pronunciaron su abjuracion solemne delante de toda la nobleza que se encontraba entonces en Gex (2): grande ejemplo que no quedó sin fruto, porque determinó otras muchas abjuraciones que el santo Obispo tuvo el consuelo de recibir algunos dias despues.

Mientras que la Iglesia se alegraba con estas conquistas de la fe, los protestantes se irritaban y estremecian de rabia.

En medio de su furor resolvieron deshacerse del Obispo de Ginebra por el veneno, y ganaron á una desgraciada que, seducida con el estímulo del oro, echó secretamente arsénico en su alimento. Francisco fué atacado al punto de vivos dolores acompañados de violentos vómitos; pero lleno de confianza en Dios y en la Virgen Madre, hizo voto de ir á pié en peregrinacion á Nuestra Señora de Thonon, si salia del peligro en que se hallaba; y no ignoran-

(1) Año Santo de la Visitacion, 11 de agosto.

(2) Dep. de Francisco Favre.

do que sería tentar á Dios descuidar los medios naturales fiando solo en los remedios sobrenaturales, hizo llamar á los médicos, los cuales habiendo conocido á tiempo la causa del mal, lo cortaron con un contra-veneno. Así, gracias al efecto de los remedios y á la fe del enfermo, y probablemente á unos y á otra, el accidente no tuvo otro resultado que hacer resaltar la generosidad del santo Obispo, que ordenó un riguroso silencio sobre el hecho, temeroso de que la justicia humana, si llegaba esto á su conocimiento, descubriese á los culpables y los castigase (1).

Mas tarde, habiendo corrido la voz que el Rey de Francia iba á devolver el pais de Gex al Duque de Saboya, el santo prelado se llenó de consuelo. Se lisonjeó algunos instantes de que con el concurso del Duque, cuyo celo por la fe católica conocia, iba á hacer florecer esta en unos países tan desgraciados; y bajo la impresion de este sentimiento, como sin duda tambien con la mira de mover al Papa á que usara de todo su ascendiente con Enrique IV para llevar este importante negocio á buen fin, dirigió á la Santa Sede una relacion de la conversion de los distritos del Chablais, de Bernier y de Gaillard, en la que hace en términos magníficos el elogio del Duque de Saboya, de quien dice (2) no haber perdonado ningun medio de los que estaban en su poder para atraer al pueblo á la fe; y tal era la importancia que daba en convencer al Papa de los servicios hechos á la religion por el Duque, que despues de haber recomendado á este Príncipe como el instrumento de la salvacion de tantas almas á la tierna solicitud y á la paternal benevolencia de la Santa Sede, no se contentó con poner en su carta el sello del obispado con su firma, sino que la hizo firmar por varios canónigos de su catedral y otros eminentes personajes de una probidad reconocida, testigos oculares de los hechos.

Pero el santo Obispo vió desvanecida su esperanza, y

(1) De Cambis, t. I, p. 489.—De Maupas, p. 232.

(2) Carta XLIX.

la Francia conservó lo que poseia; de donde resultó que, no obstante el edicto de Enrique IV, que concedia la libertad de conciencia en el país de Gex, no pudo establecer allí sacerdotes sino en muy corto número de parroquias, temiendo el gobierno francés exasperar al partido protestante con amplias concesiones. Gran número de católicos procuraron sin resultado obtener la autorizacion de abrir sus iglesias, y los mismos que la obtuvieron fueron imposibilitados en la ejecucion, tanto por la prohibicion del Rey de hacer contribuir al pueblo á la restauracion de los lugares santos ó á otro cualquier objeto que tuviese relacion con la religion, como por la ambicion de los ministros, que no solo formaban su pension de los beneficios eclesiásticos, sino que guardaban todo el sobrante de estos, «obstinándose en no devolverlo como si fuera un artículo de su fe,» segun la expresion misma del santo Obispo (1).

Por otro lado, Seyssel estaba amenazado de ver levantarse de nuevo el culto protestante, y el Obispo de Ginebra no podia, sin el consentimiento de la Francia, proveer de un vicario foráneo (2) á los pueblos recientemente desmembrados de la Saboya, que lo pedian con instancia (3). Tantas amarguras fueron algun tanto suavizadas con la presencia del Baron de Luz, que llegó por orden del Rey, acompañado de varios consejeros del parlamento de Borgoña, para seguir la obra tan deseada del libre ejercicio de la religion católica, y resolver las dificultades que suscitaba el espíritu contencioso de los herejes.

Estos enviados pusieron á los católicos en posesion de la iglesia de San Pedro de Gex, así como de las casas rectorales y demás bienes dependientes del curato. Varias parroquias, alentadas por las circunstancias, fueron á pedir por sí mismas el ejercicio del culto católico, que el te-

(1) Carta L.

(2) El vicario foráneo era un sacerdote encargado por el Obispo de poderes mas estensos que los de los curas, para la administracion y vigilancia de la religion que le estaba confiada.

(3) Carta LI.

mor de los herejes habia impedido restablecer hasta entonces, pero el Baron de Luz, sin querer tomar sobre sí la responsabilidad de la medida por razon de las consecuencias que podria tener por la malignidad de los ministros, se encargó de comunicarlo á Enrique IV, haciendo esperar una respuesta favorable, que, en efecto, no tardó mucho en llegar.

Los herejes, furiosos, apelaron al punto al Rey y á su consejo de los actos del Baron de Luz; su cólera reunió todos los medios de oposicion, y puso en juego, contra los católicos, toda suerte de maniobras y de intrigas; y el ministro La Faye llegó hasta publicar un folleto en que censuraba al Obispo de Ginebra su ambicion, su ociosidad, su lujo, el número de sus perros de caza, la magnificencia de sus trenes, y otras muchas acusaciones que no podian menos de escitar la risa y compasion de los que conocian al santo prelado. El Obispo no se turbó por estas calumnias, que solo la evidencia de los hechos refutaba. «El ministro, escribia Francisco (1), dejó á un lado la gran multitud de mis imperfecciones, y censura únicamente las que no tengo, que no solo son contrarias á mis gustos, sino aun incompatibles con la necesidad de mis negocios y la forma de vida que mi cargo me impone. ¡Dios sea bendito, pues que no sabe mis enfermedades, que no habria de querer curar sino con la maledicencia! Estoy perplejo sobre si deberé responder ó no; y si no fuera por la opinion de mis amigos, que me impele á hacerlo, me resolvería á no hacerlo, tanto mas cuanto que tengo entre manos una ocupacion mas útil, y no me queda tiempo para estudiar.»

El santo Obispo, en efecto, no contestó, sino que multiplicó sus instancias en París para evitar la apelacion de los herejes, y obtuvo una decision favorable.

En medio de todos estos negocios, el Obispo de Ginebra no olvidó el voto que habia hecho de ir en peregrinacion

(1) Carta LVI.

á Nuestra Señora de Thonon, para dar gracias á Dios y á la Santísima Virgen, tanto por haber recobrado su salud como por la conversion de los distritos. Lo mas pronto que pudo se puso en marcha, y dirigió su camino por la parroquia de Corbonnaud, cerca de Seyssel, que quiso visitar, donde fue recibido con las mayores demostraciones de respeto por el Señor de Gornet, que mandaba en nombre del Rey de Francia, y que, aunque protestante, supo comprender las atenciones que se debian á su virtud. Desde allí partió á pie para Thonon. Hacia un calor estremado, y la distancia que habia que recorrer era de cuarenta y ocho kilómetros, lo cual basta para hacer conocer cuánta sería la fatiga del santo Obispo, que acababa de salir de una enfermedad y padecia una fiebre casi continua (1).

Al aproximarse á Thonon fué recibido con mucho honor por los síndicos y principales de la ciudad que habian salido á su encuentro, siendo su entrada un verdadero triunfo. Quiso ir primero á la iglesia de Nuestra Señora, donde su fe le llamaba antes de todo, llegando completamente bañado en sudor, y mas aún en lágrimas, que le hacia derramar la emocion de su piedad á la vista de los lugares testigos de sus primeros combates.

Oró allí largo tiempo con gran fervor, exhalando en medio de delicias al pie del altar los sentimientos de que su corazon estaba inundado; y desde allí se puso en comunicacion con su facilidad acostumbrada con los habitantes, gozosos de poseerle dentro de sus muros. Los afirmó en la fe, tanto con sus discursos como con sus ejemplos, y haciéndoles sentir la obligacion de honrar su creencia con la santidad de sus costumbres, despertó en ellos una santa emulacion de buen ejemplo y de vida perfecta.

Algunos de los herejes, que se habian resistido hasta entonces á todos los esfuerzos de su celo, desearon celebrar conferencias con él, y tuvo el consuelo de convertir á varios, quedando aún sin embargo algunos obstinados. Un

(1) Dep. de la Santa Madre Chantál, art. XXXI.—De Maup., p. 232.